



**VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO**  
Ciclo Museos Municipales en el MARQ



MUSEO EUROPEO  
DEL AÑO 2004

MARQ

## VILLENA, ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

MARQ, 20 Diciembre 2005 – 19 Febrero 2006

Fundación MARQ  
Diputación de Alicante  
Ilmo. Ayuntamiento de Villena

MARQ, Museo Arqueológico de Alicante  
Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena  
Fundación Municipal José María Soler de Villena

### Dirección del programa

Jorge A. Soler Díaz

### Comisariado

Laura Hernández Alcaraz

### Coordinación

Rafael Azuar Ruiz  
Manuel H. Olcina Doménech

## EXPOSICIÓN

### Diseño

José Piqueras  
Llorenç Pizà

### Producción

Unidad de Difusión y Exposiciones:  
Juan A. López Padilla  
José L. Menéndez Fueyo  
Teresa Ximénez de Embún Sánchez

Museo Arqueológico "Jose María Soler" de Villena:

Luz Pérez Amorós  
José Menargues Giménez  
Jesús García Guardiola  
Cristina Rizo Antón

### Restauración

Unidad de Colecciones y Excavaciones:  
Sílvia Roca Alberola  
Elena Santamarina Albertos  
Antonio Chumillas Sáez  
José Vicente Bonete Ruiz

### Asistencia a la producción

Miguel Benito Iborra  
Julio Ramón Sánchez  
Consuelo Roca de Togores Muñiz  
Vanessa Alguacil Varona  
Juan Antonio Mira Rico

### Textos

Luz Pérez Amorós

### Traducción

David Azorín

### Carpintería, soportes e iluminación

Sebastián López Valero  
Arketypo

### Impresión

Cartel Rotulación

### Transporte y montaje de piezas

Viguer S.L.

### Seguros

Helvetia Previsión

### Audiovisual e interactivos

Gerencia de Imagen Institucional, Departamento de Imagen,  
Diputación de Alicante

## CATÁLOGO

### Textos

Francisco Arenas Ferriz  
Laura Hernández Alcaraz  
Francisco Javier Jover Maestre  
Juan Antonio López Padilla  
José Menargues Giménez  
Luz Pérez Amorós  
Feliciano Sala Sellés

### Fotografía

José Piqueras  
Llorenç Pizà  
Miguel Flor Amat  
Archivo Gráfico MARQ  
Archivo Museo Arqueológico "José María Soler" de Villena  
Gerencia de Imagen Institucional, Archivo Gráfico, Diputación de Alicante  
Archivo Fundación Municipal Jose María Soler de Villena

### Diseño

Engloba Brandesign

Depósito Legal: A-1074-2005

I. S. B. N.: 84-609-8557-1

### Imprime

Gráficas Díaz, S.L.

# VILLENA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

Ciclo Museos Municipales en el MARQ



M. I. AYUNTAMIENTO DE VILLENA



MARQ



<b>ÍNDICE</b>	<b>10</b>	El Museo Arqueológico "Jose M <sup>a</sup> Soler" y la experiencia de la modernidad. Francisco Arenas Ferriz
	<b>18</b>	La ocupación humana de la cubeta de Villena: De los primeros grupos cazadores-recolectores a los orígenes del iberismo. Francisco Javier Jover Maestre Juan Antonio López Padilla
	<b>42</b>	La cultura ibérica en el Museo Arqueológico Municipal de Villena. Feliciano Sala Sellés
	<b>66</b>	Origen y desarrollo del Museo Arqueológico José María Soler. Laura Hernández Alcaraz
	<b>100</b>	Catálogo de piezas Luz Pérez Amorós Josep Menargues Giménez Laura Hernández Alcaraz
	<b>129</b>	Bibliografía

LA CULTURA IBÉRICA EN EL MUSEO ARQUEOLÓGICO  
MUNICIPAL DE VILLENA



Feliciano Sala Sellés. (Universidad de Alicante)

Escribir sobre la cultura ibérica en Villena puede resultar algo parecido a una entelequia, ya que los testimonios arqueológicos de que disponemos a día de hoy son tan escasos como fragmentarios. Mayores posibilidades ofrece hablar de la cultura ibérica en el Museo Arqueológico de Villena, pues el Museo alberga materiales arqueológicos de otros yacimientos no ubicados en el término municipal, sino dentro de ese marco espacial más amplio que configura la cubeta del curso alto del río Vinalopó. Su fácil comunicación con otras áreas geográficas vecinas, como el corredor de Montesa, a través del valle dels Alforins y de la Font de la Figuera, o la comarca de Jumilla, a través del altiplano Yecla-Jumilla, permiten, lo avanzo ya, sospechar acerca de la función de bisagra que ejercería la zona de Villena entre dos áreas arqueológicamente muy ricas en época ibérica: como acabo de mencionar, el valle del Cànyoles, con la Bastida de les Alcusses (Moixent) como el *oppidum* principal, y el entorno de Jumilla, con el *oppidum* de Coimbra del Barranco Ancho como referente de similares características (**Fig. 1**).

En cualquier caso, el entorno de Villena, inserto en esa unidad geográfica mayor que conocemos como alto Vinalopó, formaría parte de la región ibérica Contestania, enmarcada entre los ríos Júcar y Segura, según las fuentes escritas (Llobregat, 1972, 9-11), y con posibles extensiones hacia Cartagena por el sur y hacia la zona de Jumilla y campo de Hellín, por el oeste, si nos atenemos a algunos rasgos arqueológicos especialmente significativos, como la cerámica con decoración figurada de Elche-Archena (Abad, 1992).

El vacío de información sobre la cultura ibérica en el entorno de Villena resulta a todas luces sorprendente, y lo es todavía más si lo comparamos con la abundante documentación sobre la Edad del Bronce, o, incluso, si valoramos el registro de las arqueologías históricas de época medieval y moderna frente a los periodos ibérico y romano. Hoy por hoy, no se me ocurre otra razón que no sea un acusado vacío de población, que persistió durante la época ibérica y la romana posterior, lo que se ha traducido, a efectos de la historia material, en una ausencia notable de yacimientos y de registro arqueológico. Me aferro a este motivo porque el término municipal de Villena y su entorno más próximo tal vez sea el área más prospectada y minuciosamente examinada, con diferencia, de entre todas las comarcas alicantinas. En ese sentido, no podemos dudar de la vasta tarea de reconocimiento arqueológico, realizada durante largos años por un infatigable José María Soler, para dar cabida a la esperanza de que en el futuro pudiesen aparecer los yacimientos. No lo creo así, porque tras los trabajos de José María Soler han seguido otras campañas de prospección a cargo de F. J. Jover Maestre, J. A. López Mira, J. A. López Padilla (1995), M. A. Esquembre (1997) y Jesús García Guardiola (2005), y siempre con un resultado escasamente positivo por lo que respecta a hallazgos vinculados a la cultura ibérica. Por todo ello, llama más la atención que, en el entorno del cercano municipio de Caudete, la documentación arqueológica sobre la cultura ibérica tenga un cierto peso y que, aunque proceda prácticamente también de prospecciones superficiales, haya permitido un mínimo análisis de conjunto (Pérez Amorós, 1990). Recurrirémos a todos estos datos para tratar de entrever qué sucedió en el curso del alto Vinalopó entre finales del siglo VI a.C. y el cambio de Era.

### Acerca del origen de la cultura ibérica en el área de Villena y su fase más antigua

En el estudio del poblamiento ibérico en el alto Vinalopó publicado por I. Grau y J. Moratalla (1998), los autores ponen de relieve la solución de continuidad existente en el poblamiento prehistórico a caballo entre el II y el I milenio a.C. Hablan incluso, recogiendo la opinión de los especialistas en la Edad del Bronce de la comarca, de una disolución de la organización social y territorial a principios del I milenio (Grau y Moratalla, 1998, 106 y ss.). Esta afirmación es una deducción lógica hecha a partir de la inexistencia de enclaves pertenecientes al período del Bronce Final (siglos X al VIII a.C.), algo extraño después del gran desarrollo económico y demográfico alcanzado en el período inmediatamente anterior, el Bronce Tardío, con su máximo exponente representado en el poblado del Cabezo Redondo y en el espectacular conjunto áureo del Tesoro de Villena, a cuya elite de poder se ha vinculado. En la mente de muchos está que el mismo ocultamiento del Tesoro de Villena, en un lugar relativamente distante del Cabezo Redondo, podría constituir una prueba de dicha inestabilidad social.

Sabemos que en la comarca vecina de l'Alcoià-Comtat, la Mola d'Agres, la Cova Bolumini (Alfafara) y el Puig de Alcoi presentan una *facies* del Bronce Final con elementos decorativos de Campos de Urnas y decoraciones geométricas incisas, respectivamente. En el extremo meridional

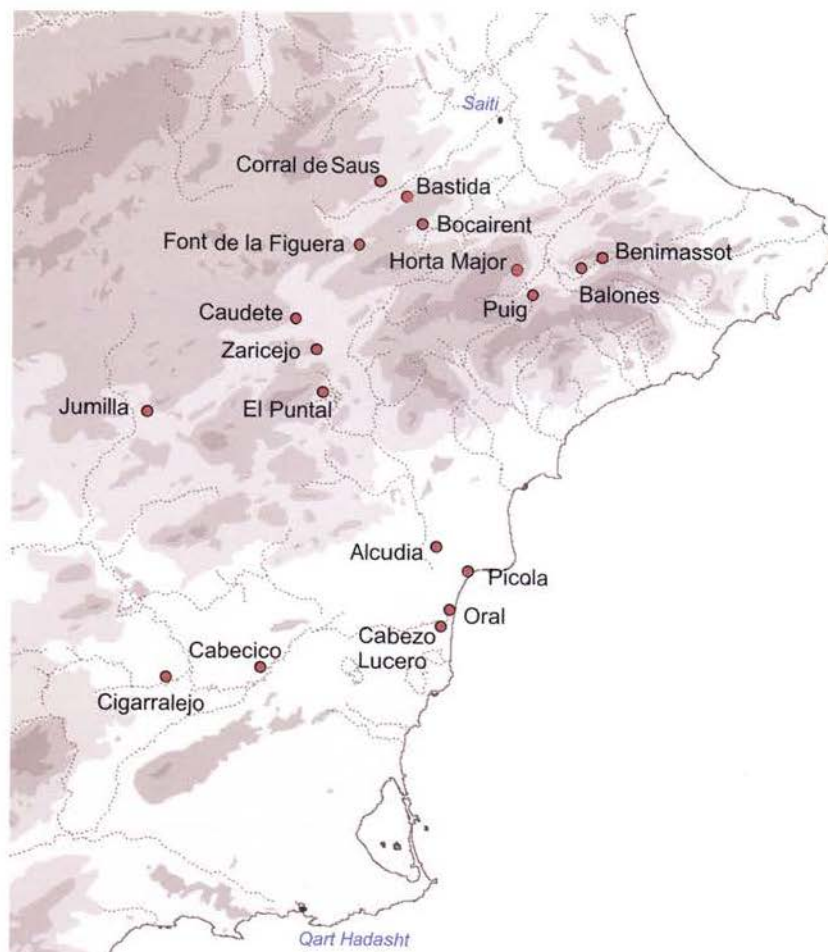


Figura 1. Situación  
de los yacimientos  
citados en el texto

de la provincia, el Tabaià de Aspe y la Peña Negra de Crevillent ofrecen otro horizonte diverso, asimilable en este último sitio al mundo del Bronce Final tartesio. En el medio, la zona del alto Vinalopó, con la ausencia de registros de este momento, parece configurarse ya como ese espacio bisagra deshabitado que será en época ibérica, caracterizado por su posición intermedia entre dos áreas con mayor potencial demográfico: un espacio de frontera, según la terminología de la moderna arqueología del paisaje.

Por lo que a la cultura ibérica se refiere, ese desconocimiento de los pobladores del Bronce Final y de los habitantes del momento protohistórico siguiente (siglos VII y VI a.C.) significa desconocer quiénes eran y cómo vivían los antepasados directos de los iberos en el alto Vinalopó, y supone la ausencia de todo referente cultural que nos hubiera permitido saber cómo se origina el mundo ibérico en esta comarca. En los modelos de explicación histórica vigentes, la formación de ese conjunto de rasgos culturales y manifestaciones artísticas que llamamos cultura ibérica se atribuye en origen al contacto continuado, durante esos tres primeros siglos del I milenio a.C., entre la población local y el grupo de población fenicia que llega a las costas de la Península Ibérica con fines comerciales. De forma intencionada o no, dichos contactos, esporádicos al principio y más repetidos a partir del siglo VIII a.C., y sobre todo a partir del siglo VII a.C., habrían tenido

un efecto revulsivo en la estructura ideológica de dicha población local del Bronce Final, de manera que, a través de un proceso de aculturación, cuyos mecanismos han sido bien caracterizados, por otro lado, por los historiadores de todas las épocas, y cuya duración se prolongaría entre los siglos VII y VI a.C., los rasgos culturales de la población del Bronce Final y de época protohistórica van siendo modificados, o sustituidos por otros nuevos, hasta desembocar en un nuevo sistema cultural en la segunda mitad del s. VI a.C.: el mundo ibérico. Este proceso de aculturación, que en sus fundamentos es un cambio en la estructura social y económica, empieza con hechos tan sencillos, pero a la vez de tanta trascendencia, como son la adopción del torno alfarero para la fabricación de vasos y contenedores cerámicos, el uso de la metalurgia del hierro para la fabricación de armas y herramientas, o la asimilación de la arquitectura de planta cuadrada y de nuevas técnicas constructivas.

Ante este panorama es imposible aprehender los parámetros a partir de los cuales se produce la formación de lo ibérico en el área de Villena, porque no conocemos la población antepasada del Bronce Final, cómo vivían y si se produjo el contacto entre estas comunidades locales y los grupos de comerciantes fenicios. Pero tampoco sabemos cómo fue el desarrollo de la fase antigua de la cultura ibérica, esto es, del período que transcurre desde finales del s. VI a.C. hasta el último cuarto del s. V a.C., porque no



se conoce yacimiento ibérico alguno de esta cronología.

El origen y la fase antigua de la cultura ibérica en esta zona es, por tanto, una cuestión pendiente de análisis que, por el momento, sólo tiene dos hipotéticas respuestas posibles, no excluyentes entre sí: una escasa presencia de población que apenas dejó huellas de su presencia, por un lado, o, por otro lado, que durante este período de la fase ibérica antigua todavía esté vigente en esta comarca interior un *modus vivendi* bastante atrasado desde el punto de vista tecnológico y arquitectónico, que podríamos estar confundiendo con un registro material prehistórico. Esta segunda opción se podría dar sin perjuicio de otras hipótesis, dado que el patrón de hábitat ibérico de la fase antigua que estamos utilizando en la Contestania es el caracterizado gracias a las excavaciones en El Oral (Abad y Sala, 1993; Abad y Sala (eds.), 2001), un poblado costero en la desembocadura del río Segura, por cuya especial situación, favorecedora de unas prolongadas relaciones comerciales con otros pueblos mediterráneos contemporáneos, sus rasgos arqueológicos bien podrían constituir la excepción en lugar de la norma.

No obstante, del siglo VI a.C. se conserva en el Museo Arqueológico de Villena una pieza de orfebrería excepcional: la conocida en la bibliografía arqueológica como la arracada de La Condomina (**Fig. 2**). Se trata de una arracada circular con decoración en filigrana al aire y granulado, alveolo central y crestería de cilindros y esferas

en el borde. En opinión de los especialistas, este motivo de la crestería, con reminiscencias en pendientes etruscos, dataría la pieza de Villena de forma más concreta en un momento indeterminado de la segunda mitad del siglo VI a.C. (Perea, 1991, 206, 212). Su hallazgo, en 1966, en la partida del mismo nombre aparece envuelto en unas circunstancias particulares. El mismo José María Soler decía que “En aquellos momentos, juzgamos prudente recibirla sin profundizar en las circunstancias de la aparición, [...], todas nuestras investigaciones posteriores resultaron infructuosas. Se trata, pues, de un hallazgo aislado y sin contexto arqueológico” (Soler, 1990).

El descubrimiento y excavación reciente de la necrópolis de les Casetes, en la Vila Joiosa, con hallazgos de piezas de orfebrería de filigrana y granulado, datadas también en el s. VI a.C., que formaban parte del ajuar funerario de tumbas femeninas de dicha cronología (García Gandía, 2001), nos ha desvelado el verdadero contexto de uso y aparición de estas piezas áureas. Por todo ello, explicar la presencia de la pieza de La Condomina en el área geográfica de Villena, prácticamente sin habitantes en este momento y en los tres siglos anteriores, como ha quedado dicho, es más un problema que una solución, porque sigue sin poderse resolver, y en mi opinión todavía lo agrava más, la cuestión del vacío demográfico. En este sentido, no creo válido recurrir a las cerámicas fenicias aparecidas en algunos yacimientos eldenses para explicar la presencia de la

Figura 2. Arracada de La Condomina





Figura 3. Escultura de  
cierva de Caudete [foto  
Museo de Albacete]

arracada en Villena: por un lado, aunque ambas cubetas formen parte del mismo curso del río Vinalopó, son espacios diferentes con unas comunicaciones geográficas diversas hacia otras comarcas; por otro lado, cuando llega la arrasada al curso alto del Vinalopó, en la segunda mitad del s.VI a.C., el sistema comercial de los fenicios hacía ya unas décadas que había sido desmantelado. Tendremos, pues, que buscar otras razones que den sentido a esta pieza.

En cualquier caso, para poder hablar con más autoridad necesitaríamos localizar los poblados ibéricos de esta fase antigua, que, en mi opinión, no deben existir; al menos, no están en los sitios en altura, los lugares estratégicos que fueron elegidos como ubicación normal de los grandes *oppida* iberos, pues alguno habría aparecido en las campañas de prospección realizadas desde la época de José María Soler hasta hoy. Es posible, sin embargo, que el hábitat ibero en el área de Villena durante esta fase antigua se correspondiera con pequeños núcleos rurales ubicados en el llano, junto a los terrenos agrícolas en explotación. Se trataría de hábitats modestos, sin fortificar, con construcciones domésticas de materiales pobres, que habrían dejado un escaso registro arqueológico que ha pasado desapercibido. En verdad, habitualmente las prospecciones han tenido como objetivo la inspección de las cotas altas de cerros y sierras, mientras que casi siempre se discriminaba las tierras del llano en razón de

una idea equivocada del patrón de poblamiento. Cuando las prospecciones se han dedicado a las zonas llanas de manera sistemática, han empezado a documentarse esos pequeños núcleos rurales, como así ha ocurrido con las prospecciones de Jesús García Guardiola en la parte del término municipal de Villena perteneciente al valle dels Alforins. No obstante, en algunos trabajos de síntesis anteriores, se han señalado como pertenecientes a esta fase ibérica antigua los enclaves de Los Capuchinos, en Caudete, y el Peñón del Rey, en Villena, adscripción cronológica que no comparto y paso a razonar seguidamente.

### Los problemas de identificación de los poblados y necrópolis de la fase ibérica antigua

Por lo que respecta a Los Capuchinos, el yacimiento se dio a conocer en 1959, a raíz del hallazgo de un buen número de fragmentos escultóricos de época ibérica que representaban distintas partes del cuerpo de un toro y de un posible cérvido, además de la pieza más destacable del conjunto por hallarse prácticamente completa, la conocida como cierva de Caudete (**Fig. 3**). Dada a conocer en su día por J. Sánchez Jiménez (1961), entonces director del Museo de Albacete, fue estudiada por Teresa Chapa (1985, 64, 185-187), quien la describe como la escultura exenta de una cierva, en posición sentada y mirando al frente. Las patas están dobladas bajo el cuerpo, con las

Figura 4.  
Peñón del Rey

pezuñas apuntadas y señaladas mediante una incisión. El cuello es liso y la zona pectoral es de perfil redondeado. De la boca, sólo quedan restos de una incisión en el lado derecho. Los ojos redondeados están separados del párpado por un profundo surco. Las orejas, apenas apuntadas, están pegadas a la cabeza. T. Chapa data la pieza de forma amplia entre los siglos V y IV a.C., aunque se decanta por concretar la fecha inicial en los años finales del s. V a.C. porque la escultura de toro que también aparece en el conjunto pertenece a su tipo A, es decir, el más reciente. En cualquier caso, la presencia de esta escultura animalística en Capuchinos identifica el lugar como una necrópolis ibérica, en la que estas esculturas formarían parte del monumento funerario de las tumbas de los personajes socialmente destacados.

El poblado fue localizado a unos 200 m gracias a las prospecciones realizadas por M. L. Pérez Amorós (1990). En el lugar, se recogió un buen conjunto de cerámicas ibéricas de todas las producciones –pintadas, comunes, grises, ánforas– y de formas diversas –pithoi, urnas bicónicas, urnas con asas, platos, cuencos–, así como una copa Cástulo ática de barniz negro, materiales que datan el inicio del hábitat en el último tercio del s. V a.C. y señalan su momento de esplendor en el s. IV a.C., coincidiendo así con la cronología de la escultura de la necrópolis. Sin embargo, para otros autores (Grau y Moratalla, 1998, 64), éste podría ser un poblado de la fase ibérica antigua por la

presencia de algunos bordes de plato de cerámica gris, en los que ven un parecido formal con los platos grises del ya mencionado poblado de El Oral, en la desembocadura del río Segura. Entre la cronología de época antigua y la de época plena, me decanto por esta última por varias razones. La primera, que ya ha sido comentada, tiene que ver con una cuestión metodológica, y es que podríamos estar incurriendo en un error al considerar los rasgos de un poblado situado en la costa, El Oral, y, por tanto, más abierto a las innovaciones procedentes del comercio mediterráneo, como un modelo aplicable sin reservas a todos los territorios de la Contestania ibérica. Equiparar sin más las cerámicas de los poblados del alto Vinalopó con las cerámicas del poblado de El Oral podría conducirnos a confusiones en la interpretación, porque es bastante probable que estemos comparando dos áreas ibéricas con distintas velocidades en sus respectivos procesos de evolución social y económica, en cuyo caso, y por seguir con el asunto que nos ocupaba, es posible que la cerámica gris empiece a desarrollarse en la comarca interior cuando en la comarca costera esté ya en decadencia. De hecho, y esta es la segunda razón, los trabajos ya clásicos sobre la cerámica gris de los yacimientos ibéricos del País Valenciano de C. Aranegui (1969; 1975; 1985) ponen de relieve que, sin ser abundante, el desarrollo de esta producción cerámica ibérica tenía lugar en época plena. El ejemplo de El Oral se saldría de la norma, quizá porque hundió sus raíces en la tradición cerámica orientalizante



50 / 51

del mediodía peninsular. En tercer lugar, en las necrópolis de las áreas vecinas de Albacete, como Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación o Torreucha, no es raro encontrar que algunas urnas cinerarias de las tumbas del s. IV a.C. son vasos de cerámica gris.

El segundo de los yacimientos objeto de controversia a propósito de su cronología es el Peñón del Rey. En este caso, las distintas opiniones vertidas sobre su adscripción temporal surgen porque se trata de un yacimiento único y raro en el contexto de la cultura ibérica de la

Contestania. El sitio arqueológico, en el paraje del mismo nombre ubicado en los Picachos de Cabrera (*Fig. 4*), fue descubierto por José María Soler en 1952, al observar “un sembrado de tiestos” en la superficie de una pequeña área en torno a los 60 m<sup>2</sup> (Soler, 1952). La inmediata excavación puso al descubierto un gran número de fragmentos de cerámica gris y apenas una media docena de estas vasijas completas. Según el relato de Soler, estos vasos completos fueron hallados en posición invertida, a no más de 25 cm. de la superficie, y algunos con piedras

Figura 5. Croquis de los hallazgos en el Peñón del Rey elaborado por José María Soler

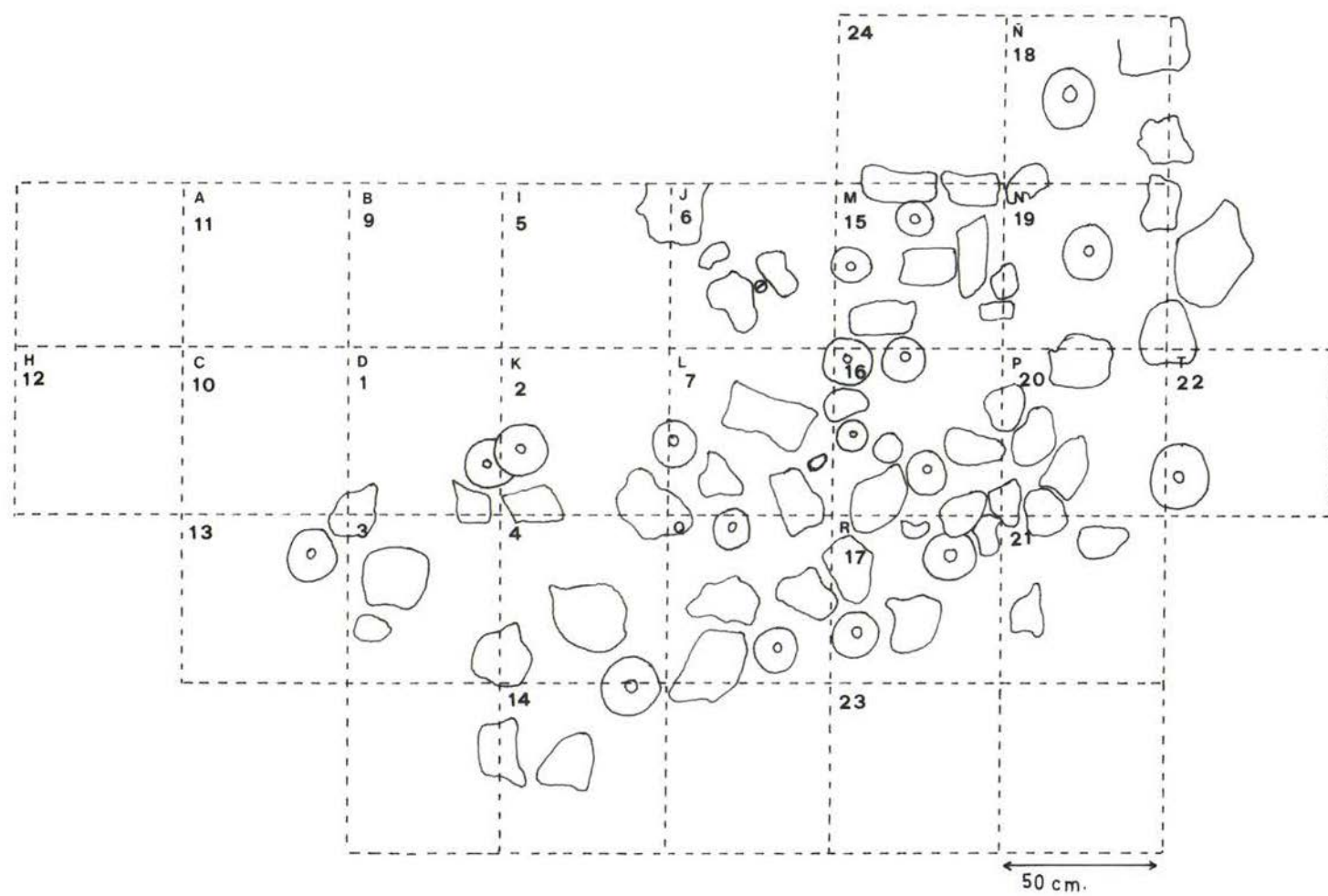


Figura 6. Cuenco del Peñón del Rey



a su alrededor sin orden ninguno (**Fig. 5**). En muchos casos, los fragmentos cerámicos recubrían las piedras que rodeaban las vasijas enteras. Entre las piedras o entre los fragmentos cerámicos, y también recogidos de superficie, aparecieron los escasos objetos metálicos del conjunto. El más destacado, por su perfecto estado de conservación y por tratarse de un excelente indicador cronológico, es una fibula anular del tipo de puente de timbal, cuya fecha de uso se enmarca entre finales del siglo V y el siglo IV a.C. Este tipo de fibula es la que aparece en los poblados ibéricos de las comarcas vecinas, como la Bastida, Covalta, Serreta, el Puig, y aparece asimismo con idéntica cronología en el ajuar la sepultura 21 de la cercana necrópolis del Puntal de Salinas (Sala y Hernández, 1998, fig. 18, 7). El resto de objetos metálicos, fragmentados y deteriorados, son una punta de flecha de bronce de hoja oval y largo pedúnculo, una segunda punta de bronce con el arranque de un pedúnculo, una tercera pieza de bronce apuntada, de doble filo y orificio en la parte inferior, así como un posible fragmento de regatón, un botón, una barrita y un fragmento de un posible cuchillo afalcatado, estos cuatro últimos de hierro.

En su momento, José María Soler, advirtiendo ya la rareza de la documentación arqueológica, en especial de las vasijas, que no acababan de encajar en lo que entonces se reconocía como ibérico, clasificó el yacimiento como una necrópolis de incineración posthallstática, y la dató entre los siglos IV y III a.C. por la presencia de la fibula anular.

La afiliación hallstática propuesta por Soler no era descabellada, pues la década de los años 50 fue el momento álgido del debate en medios académicos e intelectuales sobre la expansión del mundo celta por toda la península Ibérica, y el de su influencia "civilizadora" en los restantes pueblos peninsulares prerromanos sin ascendencia étnica centroeuropea. Para Soler, esta presencia en los s. IV y III a.C. de un grupo de población de la meseta en el Peñón del Rey hubiera permitido en el futuro entender la existencia de cerámica a mano con decoración excisa en el Cabezo Redondo, también de procedencia meseteña, aunque con unos cuantos siglos de antelación.

Mucho después, Laura Hernández llevó a cabo la revisión del yacimiento (Hernández, 1997) y, contando ya con un conocimiento mayor sobre la arqueología ibérica, pudo concretar la cronología entre mediados del s. V y los inicios del s. IV a.C., al tiempo que relacionaba las vasijas con la tradición cerámica ibérica y del mediodía peninsular (**Fig. 6**). Sin embargo, no se ha encontrado todavía el parecido exacto de los cuencos del Peñón con los de otro yacimiento, lo que ha permitido que algunos autores especulen acerca de la datación y adscripción cultural del yacimiento, proponiendo que se trata de cerámicas grises a torno de tradición orientalizante y que, por tanto, el yacimiento es una necrópolis del siglo VI a.C. o, como mucho, de la fase ibérica antigua, primera mitad del s. V a.C. (Mata, 1993; Poveda, 1998; Grau y Moratalla, 1998). No comparto estas conclusiones porque no acabo de ver



los parecidos con las cerámicas grises de los yacimientos que estos autores proponen: ni se parecen a los cuencos grises de la Peña Negra de Crevillent (Alicante), ni a los platos y cuencos de los Villares de Caudete de las Fuentes (Valencia), ya que el elemento formal esgrimido para esta equiparación, el borde exvasado, es una solución formal universal para los platos en todas las culturas y épocas. Por el contrario, si nos fijamos en las bases, constataremos que los platos y cuencos del Peñón están provistos de bases anulares o cóncavas, típicas ya de la alfarería ibérica de época plena y no del período orientalizante e ibérico antiguo de las tierras alicantinas, cuando lo característico son las bases planas o de talón. Recurrir al método comparativo es una herramienta muy importante en la metodología arqueológica, pero usar como modelo único de comparación el registro de un yacimiento tan alejado del área de estudio, como Peña Negra en Crevillent, por no hablar de los Villares, en la provincia de Valencia, puede dar lugar, como ya se ha dicho, a visiones distorsionadas de la realidad.

Yo misma me debo aplicar este juicio, pues en su tiempo también propuse una cronología alta para el Peñón del Rey en la primera mitad del s. V a.C. (Abad y Sala, 1992, 151). Sin embargo, el tiempo transcurrido permite la reflexión pausada, y en dicha reflexión se debe retomar el dato que todos dejamos de lado consciente o inconscientemente: la presencia de la fibula anular de puente de timbal, cuyo tipo se encuentra perfectamente

enmarcado entre las décadas finales del siglo V y el siglo IV a.C., y no antes, como ha pretendido algún autor. Esta es la cronología del yacimiento. En mi opinión, no sirve aducir que la gran cantidad de fragmentos cerámicos es debida a un uso prolongado del lugar durante doscientos años, desde el s. VI a.C. hasta el s. IV a.C., para poder conciliar la existencia de la fibula con la cronología inicial en el s. VI a.C. propuesta por algunos autores. Contar el tiempo transcurrido a partir del número de fragmentos puede convertirse en un paso en falso porque, en primer lugar, la extrema fragmentación ha impedido realizar el recuento total de vasos y, quizá, si algún día se lograra recomponerlos, podríamos descubrir que el número final no era tan elevado; y, en segundo lugar, si en el croquis elaborado por Soler contamos las vasijas que representó *in situ* —18—, y si en cada deposición, pongamos por caso, admitimos que se usaran cuatro vasos más en el ritual, el total sería 72 platos y cuencos, una cifra nada desdeñable. Pero, con todo, para estas 18 deposiciones no sería necesario un amplio lapso de tiempo; en un tiempo breve, e incluso en un solo momento muy puntual, sería suficiente. Al fin y al cabo, no sabemos las circunstancias históricas por las que se creó este lugar.

Con todo, reinstalar el Peñón del Rey en su período cronológico verdadero, la época plena de la cultura ibérica, nos causa más problemas de interpretación histórica que si lo mantenemos en el s. VI a.C., que sería la solución más cómoda. A esos problemas ya hizo alusión José María

Soler en 1952, con la perspicacia e intuición que siempre le caracterizó, al advertir que el conjunto resultaba extraño en el mundo ibérico de la zona. Y sabía de lo que hablaba porque en plena excavación del Peñón supo de la existencia del poblado y necrópolis del Puntal de Salinas, un yacimiento que, pese a encontrarse relativamente cercano y ser de la misma cronología, ofrecía un contexto arqueológico muy diferente: el verdadero contexto ibérico de época plena. Soler lo solucionó provisionalmente de la manera más coherente con las corrientes historiográficas de aquella época, y calificó el Peñón del Rey como “una intrusión céltica en plena zona ibérica”.

En verdad, como decíamos más arriba, se trata de un yacimiento único y raro, tanto para el contexto de la cultura ibérica contestana de los siglos V y IV a.C., como para el contexto orientalizante del siglo VI a.C., en el caso de que perteneciera a este momento. Pero si su adscripción cultural y cronológica puede ser problemática, como hemos visto, la clasificación del yacimiento como necrópolis también llega a ser un tanto enigmática. Para empezar, cuando Soler en 1952 habla de necrópolis, lo hace porque observa las manchas cenicientas que tapaban las vasijas colocadas en posición invertida, y aunque en un momento habla de “enterrados”, y más adelante de “cenizas del difunto”, en el Museo de Villena no se conservan restos de huesos cremados, ni humanos ni de fauna (Hernández, 1997, 101), con lo que, conociendo la minuciosidad de Soler en el trabajo de campo, es bastante probable que

no se recogieran porque no existían. De ser así, resulta creíble que, ante la visión de las manchas cenicientas, Soler pensara en una necrópolis, como no podía ser de otro modo entonces. Hoy sabemos que en las necrópolis ibéricas del s. IV a.C., el propio Puntal de Salinas (Sala y Hernández, 1998), la Serreta en Alcoi (Cortell *et alii*, 1992) o Cabezo Lucero en Guardamar (Aranegui *et alii*, 1993), por citar las de más reciente publicación, no todas las manchas cenicientas son sepulturas, sino que muchas de ellas, donde no aparecen huesos humanos cremados pero sí contienen objetos diversos y a veces restos de fauna, son fuegos rituales de purificación y/o de ofrendas. Unos kilómetros más abajo siguiendo el curso del río Vinalopó, el yacimiento de las Agualejas, en Monforte, ofrece un registro similar al Peñón del Rey: no se trata de una necrópolis sino de un área de manchas cenicientas con vasijas de ofrendas depositadas en ellas, con mucha fauna y ningún hueso humano cremado, sólo que aquí las vasijas empleadas son típicamente ibéricas (Abad *et alii*, 1995-1997). Teniendo en cuenta estos paralelos y, aplicando la máxima de que si no hay difuntos no podemos hablar de necrópolis, y puestos a especular... ¿qué podría ser el Peñón del Rey? ¿Un espacio sagrado al aire libre donde se realizaban rituales y ofrendas benefactoras? Y si no es propiamente ibérico... ¿quién estaba depositando aquellas manchas cenicientas a finales del s.V a.C. en un alto de los Picachos de Cabrera? Hoy, y por comparación con los usos ganaderos hasta fechas recientes, con gana-

Figura 7.  
El Puntal de Salinas  
desde el llano

dos procedentes de la Serranía de Cuenca que invernaban en Villena desde octubre a abril (García Martínez, 1969), se está pensando en la ganadería y en la trashumancia para explicar el desarrollo económico y social experimentado en la zona de Villena durante el Bronce Tardío (Hernández Pérez, 2005; Mederos y Ruiz, 2000-2001), y la trashumancia implica el traslado de los ganados, pero también de la población que los cuida. Tal vez, José María Soler no iba tan desencaminado.

### **La expansión demográfica y cultural a partir de finales del s.V a.C.**

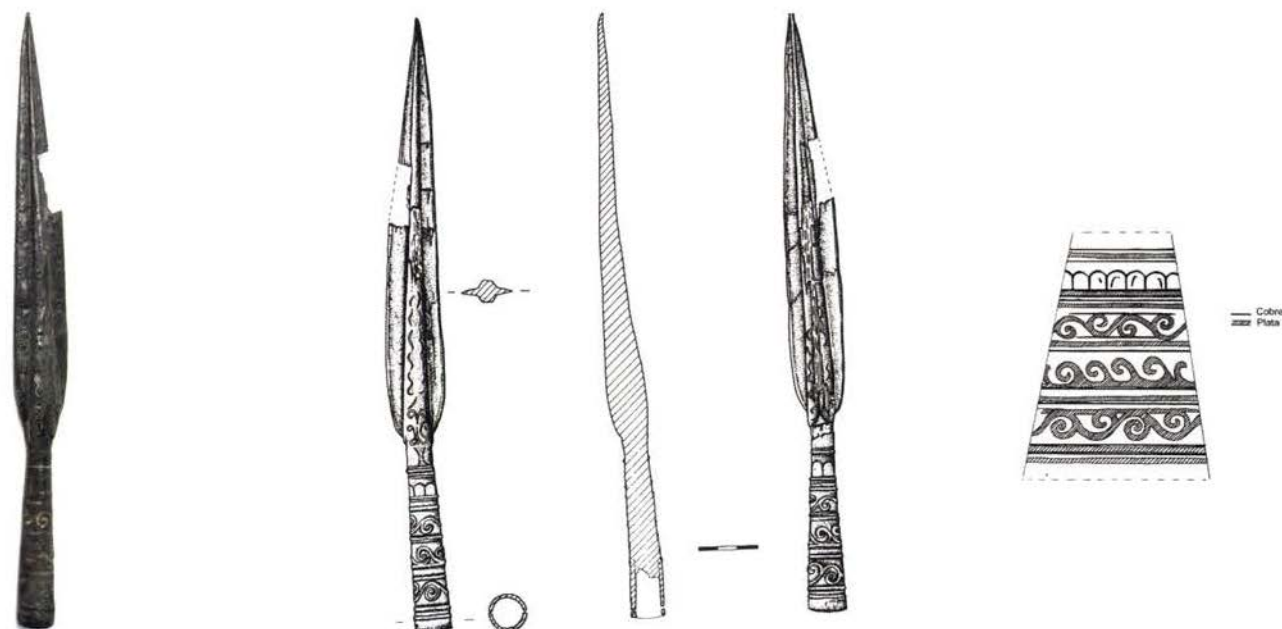
En consecuencia, podemos decir que el desarrollo de la cultura ibérica en el territorio en torno a Villena empieza con ese momento de cambio generalizado en todos los territorios ibéricos, que se inicia en la últimas décadas del siglo V a.C. Ese proceso culmina rápidamente con la caracterización de uno de los momentos de mayor esplendor de la cultura ibérica: el siglo IV a.C. o fase plena. En todas sus facetas hay signos de ese cambio.

Desde el punto de vista del territorio, es ahora cuando se colonizan y se empiezan a explotar y a habitar *ex novo* nuevos espacios geográficos, normalmente de gran potencial agrario. Este fenómeno es el que debió ocurrir en el entorno de Villena, frente a esos períodos anteriores prácticamente deshabitado, y en dicho proceso de colo-

nización se explica la aparición ahora de los yacimientos de época plena de la zona de Caudete (Pérez Amorós, 1990), el posible hábitat ibérico bajo el casco antiguo de Villena, a juzgar por los hallazgos de cerámica ibérica en la Plaza de Santa María (Soler, 1986), el posible poblado y necrópolis del Zaricejo (Soler, 1976; Hernández y Pérez, 1994), el poblado y necrópolis del Puntal de Salinas y los arriba comentados Capuchinos de Caudete y el Peñón del Rey de Villena. De todos ellos, el más trascendente para la investigación actual es el Puntal de Salinas (**Fig. 7**), no porque sea un poblado de mayor envergadura que los demás, sino porque ha sido excavado, estudiado con detalle y publicado en extenso (Soler, 1992; Hernández y Sala, 1996; Sala *et alii*, 1997; Sala y Hernández, 1998; Hernández y Sala, 2000; Hernández, 2005).

La amplia bibliografía sobre el yacimiento nos exime ahora de volver en extenso sobre los rasgos de este hábitat de época plena, así como de las circunstancias de su descubrimiento por José María Soler en 1952, por estar descritos allí con más detalle. No obstante, vale la pena repetir que se trata de un *oppidum* a pequeña escala, de apenas media hectárea d'extensión, pero con todos los rasgos de una unidad básica de hábitat. Organizaría la explotación del entorno y la defensa de las poblaciones de campesinos de los alrededores. El poblado sería también la residencia del grupo aristocrático que detentaría el control de la economía y de la redistribución comercial en la zona. Un





miembro destacado de esta familia aristocrática sería el enterrado en la sepultura 29-30 de la necrópolis. En esta tumba, la existencia de una panoplia completa de guerrero en el ajuar, con todas las armas ricamente decoradas con ataujía de hilos de plata y cobre, está señalando a un miembro importante de esa elite (**Fig. 8**). Además, la tumba está ubicada en un extremo de la necrópolis y a su alrededor se van esparciendo las tumbas restantes. Esta distribución en torno a la tumba del personaje destacado puede estar indicando una relación clientelar o de parentesco entre los allí enterrados.

El comercio exterior está documentado por la presencia de un buen conjunto de vajilla fina de barniz negro y figuras rojas —43 piezas—, procedente de los alfares de Atenas, que encontramos tanto en los ajuares de ciertas tumbas como también en algunas estancias del poblado (Hernández y Sala, 1996, 49-53, Gráfica 1). Llama la atención que, mientras los vasos áticos son relativamente abundantes, la ánforas importadas, es decir, los contenedores de productos como el vino, el aceite y los salazones, sean muy escasas. En el Puntal, sólo sabemos de la existencia

de un ánfora púnica de Ibiza, otra ánfora púnica gaditana y un ánfora seguramente vinaria de la Magna Grecia (Hernández y Sala, 1996, 58-59). Resulta difícil explicar dicha escasez porque las relaciones y las rutas comerciales costa-interior eran fluidas, como lo demuestra el elevado número de vasos áticos, con lo que hemos de pensar en otras causas, como una demanda o unas preferencias distintas por parte de las elites del Puntal, que prácticamente podemos hacer extensiva a todos las elites iberas del interior de la Contestania, pues esta diferencia cuantitativa entre vajilla ática y ánforas importadas la encontramos repetida en otros poblados del s. IV a.C., como la Bastida, Covalta, el Puig, la Serreta (Sala *et alii*, 2004). También forman parte de este comercio con otras áreas mediterráneas dos vasos singulares hallados en el poblado del Puntal. Se trata de la imitación de cratera de columnas griega y la cantimplora doble (**Fig. 9**). Ambos vasos tienen un uso especial que desconocemos pero, en cualquier caso, un uso no doméstico ni cotidiano. Las reminiscencias formales en la vajilla griega, a la que imita la cratera, o en la vajilla oriental y mesopotámica, de donde procede la cantimplora, aumentan todavía más el misterio

Figura 8. Punta de lanza de la sepultura 29-30 de la necrópolis del Puntal decorada con atauja de hilos de plata y cobre.

Figura 9. Crátera y cantimplora del Puntal de Salinas.

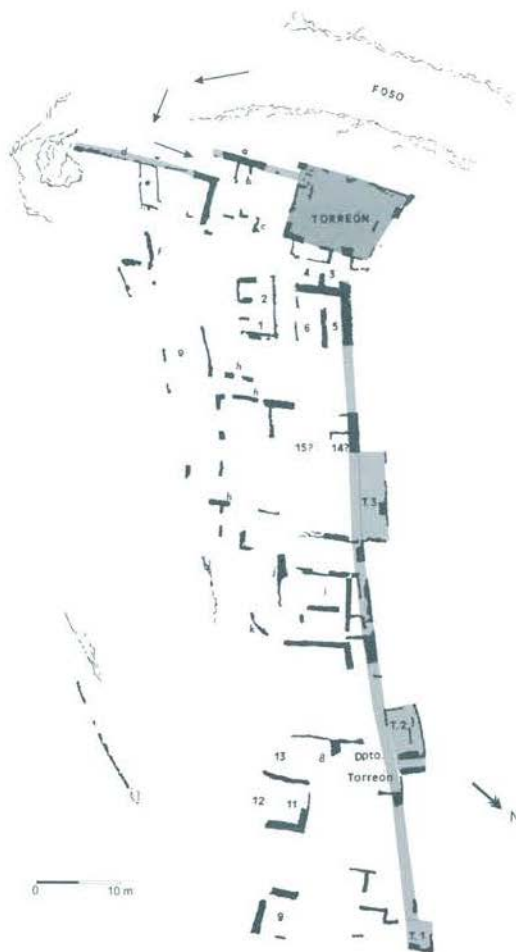


de su presencia en un pequeño poblado ibero del interior del curso del Vinalopó.

Por lo que respecta al resto de vasos cerámicos y de otros objetos hallados en las estancias del poblado, es decir, el ajuar doméstico, su buen estado de conservación y la minuciosidad del trabajo de campo de José María Soler favorecieron que el conjunto adquiriera un alto valor como documentación arqueológica e histórica, con lo cual, el ajuar doméstico del Puntal ha pasado a considerarse el modelo para los hábitats de época plena de la Contestania y de regiones vecinas de las provincias de Valencia y Albacete (Sala, 1995).

Otro elemento a destacar del poblado es la fortificación. Por sus características, dicha construcción mantiene una cierta correspondencia con las fortificaciones de otros poblados también ubicados en las comarcas interiores y de idéntica cronología, en especial con la Bastida de les Alcusses y el Puig de Alcoi. Estamos hablando de la novedad constructiva y táctica que supone la incorporación de una batería de torres y torreones, cuyo objetivo es ganar flanco en los tramos más expuestos de las murallas y

Figura 10. Plano de la fortificación del Puntal



proteger las puertas de entrada. Así, la fortificación de la Bastida presenta un sistema relativamente complejo, que incluye una barbacana además de un frente de muralla jalonado por unas 9 torres rectangulares, allí precisamente donde abren la puerta principal y dos más en los laterales. En el extremo opuesto del poblado, el recinto se estrecha y, en este punto, un solo torreón, pero de mayor tamaño, protege esta zona así como la cuarta puerta que abre en este extremo del asentamiento, descubierta recientemente y todavía en proceso de excavación.

Como en la Bastida, pero con dimensiones menores, la fortificación del Puntal de Salinas también presenta una serie de torres en el tramo de la muralla que discurre por la zona más accesible de su perímetro (**Fig. 10**). En dicho tramo, la muralla aparece jalonada por dos torres rectangulares y una cuadrada en la esquina norte, formando un sistema coordinado de defensa que contrasta con la escasa envergadura del lienzo en las cortinas, entre 0,90 m i 1,20 m de ancho. Otros dos elementos de mayor solidez completan la protección del recinto: un foso que corta e interrumpe la conexión con el resto de la sierra del espolón donde se erige el poblado y, dominando dicho foso desde el ángulo sur-occidental del la muralla, un gran torreón macizo. De este modo, teniendo en cuenta la topografía del espolón, el acceso al poblado se haría necesariamente ascendiendo por la base de les torres, para seguir recorriendo el foso en dirección sur

hacia la puerta de la muralla. Desde la posición dominante del torreón, aquellos que circularan por el interior del foso constituirían un blanco perfecto. En el Puig de Alcoi, un gran torreón de 11 por 3,80 m protege la única zona por donde es posible acceder al recinto.

En mi opinión, se intuye lo que podríamos llamar un modo constructivo común para el periodo del siglo IV a.C. entre los poblados de las comarcas interiores contestanas. Comparado con la sencillez de las murallas de El Oral y la Picola, ambas en la costa y datadas en el s.V a.C., el sistema de fortificación que encontramos en los poblados interiores es, con las debidas reservas, lo más parecido al sistema de defensa activa, extendido por el Mediterráneo desde un siglo antes. Este dato nos conduce inexorablemente a preguntarse por las circunstancias históricas que favorecieron la aparición de este tipo de fortificaciones en el s. IV a.C. y en esta zona concreta de la Contestania. Sabemos que estos poblados forman parte de una organización polinuclear del territorio, bien estudiada en el caso del Puig de Alcoi (Grau, 2002) y la Bastida (Soria y Dies, 1998), y es también el modelo territorial en el que se insertaría el Puntal de Salinas en el curso alto del Vinalopó (Moratalla, 2004). Ante esta ordenación del poblamiento, no resulta descabellado admitir la existencia de fricciones entre los distintos núcleos ibéricos por motivos atávicos e históricos, como problemas de lindes o de captación de recursos, lo que explicaría la construcción de las fortifi-

caciones. Abundando en ello, es interesante advertir que, frente a las baterías de torres y la sólida fábrica de los torreones, destaca la poca envergadura de las cortinas, construidas con una sencilla mampostería irregular y con un escaso ancho en la mayoría del perímetro. Ante este hecho constatado, cabe preguntarse si las fortificaciones, además de su función obvia de protección de los moradores, no se levantarían en calidad de elemento más visible y ostentoso del poder de las élites aristocráticas.

Otro rasgo importante del mundo ibérico de época plena del área de Villena es la existencia de estatuaria mayor, con piezas tan interesantes como la cierva hallada en Los Capuchinos de Caudete, a la que ya nos hemos referido, la Dama sedente de Caudete (**Fig. 11**) y la cabeza de león del Zaricejo (**Fig. 12**). Estas dos últimas se conservan y exponen en el Museo Arqueológico de Villena.

La escultura de la Dama sedente apareció rota, con la cabeza separada del resto del cuerpo. La cabeza fue donada al Museo en 1957, doce años después de su hallazgo casual en el lugar llamado "la casita del tío Alberto" (Soler, 1961), mientras que el tronco fue adquirido por el Ayuntamiento de Villena en 1972. La escultura no es de grandes dimensiones, tan sólo 68 cm. de altura, pero conserva todos aquellos elementos formales que son preceptivos en la representación de la figura femenina ibera. La cabeza está tocada con mitra baja echada hacia atrás, cubierta con un velo con pliegues que sólo permite ver un rizo y el



Figura 11. Dama  
sedente de Caudete

Figura 12. Cabeza de  
león del Zaricejo

pendiente circular. El rostro se consiguió mediante un fino modelado, lo que contrasta con la sencilla incisión con la que se plasman los ojos. La dama flexiona los brazos a la altura de la cintura y con sus manos, que permanecen ocultas, recoge las puntas del manto, que arranca de la parte posterior con una especie de "cuello alzado". Como ornamentos lleva tres collares: el primero es un cordón con tres colgantes semicirculares y dos anforillas entre ellos, los otros dos son simples cordones gruesos (Ruano, 1987, t. III, 109).

La cabeza de leona o león del Zaricejo se encontró de forma casual mientras se realizaban trabajos agrícolas en la partida del mismo nombre. T. Chapa (1985, 54) describe el fragmento como una cabeza de león que mantiene la boca abierta, de la que se conservan cinco molares superiores y uno inferior, que parecen apresar algo. Los ojos son ovalados, y los párpados se han indicado mediante relieves. El tabique nasal es recorrido por una estrecha banda que se abre sobre los ojos para representar las cejas. Las orejas son ovaladas y pegadas a la sien, con el lóbulo interno bien señalado. Tres incisiones verticales entre las orejas parecen indicar la melena de forma muy simplificada. Aunque incluido por esta autora en su grupo antiguo de esculturas de leones (Chapa, 1985, 138), tanto los materiales arqueológicos recogidos por José María Soler en el lugar (Soler, 1976) como los publicados con posterioridad (Hernández Alcaraz y Pérez, 1994) indican





62 / 63

un yacimiento ibérico de época plena, del siglo IV a.C. La escultura, por tanto, pertenecería a este momento y no al periodo ibérico antiguo, del que no hay indicio arqueológico alguno.

Si bien la escultura animalística, muy especialmente la imagen del león, se usa ya en los monumentos funerarios de la fase ibérica antigua, la dama sedente o entronizada es un icono que aparece ahora, a fines del siglo V a.C., formando parte de una iconografía nueva junto al caballo, el jinete, el

busto femenino o las luchas heroicas. Este nuevo universo de formas no es sino el reflejo de la nueva estructura social y política de época plena, basada en la exaltación del grupo social de elite: la aristocracia guerrera. Recientemente, he tenido la oportunidad de revisar la escultura contestana y, al cartografiar la distribución geográfica y cronológica de los hallazgos, se observa que la escultura de Caudete y Villena se incluye en el mismo impulso de creación escultórica que abarca el conjunto de los territorios de la montaña contestana –actuales comarcas de

l'Alcoià-Comtat, valle del río Cànyoles, valle de Albaida, alto Vinalopó— y es el mismo que se extiende hasta Jumilla a través del altiplano Yecla-Jumilla. A este conjunto pertenecerían también la dama y toro de Benimassot, los dos toros de Balones, el monumento con figuras femeninas en relieve de Horta Major (Alcoi), el león de Bocairent, el conjunto de la necrópolis de Corral de Saus (Moixent), la cabeza de caballo de la Font de la Figuera y el cipo con relieves de jinete coronado por un toro de Coimbra y el pilar estela del Prado, ambos en Jumilla.

Por la cronología, finales del s. V a.C. y el siglo IV a.C., el uso ahora, y no antes, de la escultura en los monumentos funerarios de estas tierras interiores responde a ese desarrollo que experimenta la cultura ibérica en el s. IV a.C., y significa la consolidación de los linajes aristocráticos en consonancia con la organización polinuclear del territorio. Frente a este hecho, llama la atención el contraste con otros territorios ibéricos de la provincia alicantina, por ejemplo el mundo ibérico de la costa de la Marina Baixa o de l'Alacantí, donde la demanda de escultura decae en época plena, cuando fue un hecho cultural más importante durante la fase ibérica antigua. Con todo, la escultura del alto Vinalopó y montaña alicantina no puede compararse con la calidad de las tallas y la riqueza compositiva que, en las mismas fechas, presenta la escultura de los yacimientos de la desembocadura y curso del río Segura: l'Alcúdia d'Eix, Cabezo Lucero, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo...

presentan una misma iconografía y modelos formales, pero una cualidad artística visiblemente mayor.

#### **De nuevo un retroceso a partir de finales del s. IV hasta el siglo I a.C.**

En un momento difícil de precisar a fines del siglo IV a.C., muchos de los poblados del interior de la Contestania, entre ellos el Puntal, pero también algunos costeros, se abandonan en circunstancias similares, con las herramientas y el ajuar domésticos prácticamente intactos en el interior de las estancias. Se trata de un claro indicio del abandono súbito por parte de unos moradores que nunca más regresarían para recuperar el hábitat. Este hecho paralelo en muchos poblados y diversas zonas nos obliga casi a preguntarnos por las causas de este suceso histórico, que sigue pendiente de respuesta: luchas internas, tal vez presiones económicas ejercidas por las potencias mediterráneas del momento. No hay información suficiente para hablar con un mínimo de certeza.

Lo cierto es que a partir de ese momento, el poblamiento ibérico en la comarca vuelve a languidecer, si no es que se vuelve a deshabitar casi por completo, repitiéndose la misma situación que en fechas anteriores. La realidad es que apenas hay indicios materiales de lo ibérico durante los siglos III y II a.C., por no decir que no existen. Así, cuando volvemos a encontrar señales de una reocupación

demográfica será en la primera mitad del siglo I a.C., pero sin llegar a los niveles de desarrollo económico y social alcanzados durante el siglo IV a.C. De hecho, cuando Llobregat publica la *Contestania ibérica* en 1972, no hace alusión al poblamiento ibero del alto Vinalopó. En la actualidad, se conocen algunos enclaves, como el Castillo de Salvatierra, en Villena, Capuchinos y Santa Ana, en Caudete, y la Torre de Sax (Grau y Moratalla, 1998, 66, 70, 79, 97), que podemos encuadrar en este siglo final de la cultura ibérica por la presencia de cerámica decorada en el estilo Elche-Archena y por algunos fragmentos de vasos de mesa itálicos de los tipos llamados campaniense A tardía y Beoide. Con todo, se dibuja una situación de claro retroceso si la comparamos, desde la perspectiva del comercio mediterráneo, con los porcentajes de cerámicas áticas y ánforas importadas de época plena. Una situación que también encontramos con un bajo nivel económico y demográfico en las comarcas de l'Alcoià y el Comtat, aunque aquí el número de yacimientos conocidos sea algo mayor, lo que indicaría una cierta perduración del hábitat, aunque con un descenso en el volumen comercial con respecto a épocas anteriores. Otra comarca que registra un vacío absoluto de importaciones tardo-republicanas es la desembocadura del río Segura, y aquí resulta más inexplicable, si cabe, por varias razones: en primer lugar, por su proximidad a l'Alcúdia-Illici, el gran centro receptor en este momento; y en segundo lugar, porque es una zona en contacto directo con el mar que convirtió el río Segura en una excelente vía de comu-

nicación y comercio hacia el interior. Esta zona, que fue tan importante para la cultura ibérica desde sus orígenes hasta fines del siglo III a.C., durante los dos siglos finales también parece hallarse deshabitada. Por el contrario, en toda costa norte alicantina, unos pequeños enclaves con buenos desembarcaderos naturales, que durante la época plena no destacaron apenas, ahora se convierten en puntos importantes de llegada del vino y la vajilla de mesa itálicos.

En la Contestania, pues, podemos llegar a diferenciar áreas a partir de la mayor o menor presencia de materiales de importación del s. I a.C. En el alto Vinalopó como en los restantes valles interiores, el vacío o la escasez de las primeras cerámicas romanas importadas no tiene explicación por motivos de comunicación geográfica, ya que a finales del s.V y durante el s.IV recibieron objetos y manufacturas desde la costa. Sencillamente que, o han dejado de interesar como áreas comerciales, o que en estas fechas tardías se hallan casi despobladas y políticamente desarticuladas. La Contestania ibérica del s. I a.C. es desde el punto de vista histórico un fenómeno de desarrollo costero. Esta distribución comercial deja entrever una nueva situación geo-política en época republicana tardía, cuyas líneas básicas todavía se nos escapan. Tan sólo hay un hecho seguro, y es que el punto de inflexión se produce con el fin de la Segunda Guerra Púnica y la llegada de contingentes militares y población romana para la conquista definitiva de Hispania.